



Quevedo

Reflexión polémica en el Centenario de Quevedo

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

EN las letras de España no hay un siglo de oro, sino dos: el XVI y el XVII. El conceptista, en el XVII, sesga el bulto del idioma en remolinos de fuego y lo sesga con gubia como el imaginero el torso zozobante de la Pasión o del Entierro. El uno deja en sus cláusulas la torsión que el otro en el cuerpo de sus titeres de palo. Quien no lo tenga presente, no entenderá del todo el castellano de Quevedo. Conmemora la nación, en 1945, el tercer centenario de la muerte del gran satírico. Asociándose al recuerdo, una revista inglesa refiere las persecuciones que el humor acerbo de don Francisco le atrajo. Supo este escritor —concede— debelar a las altas potestades, pero no se le incluya entre los humanistas que han saturado de humanidad las humanidades. Quevedo no es, en

sentir de la revista, un precursor de los pensadores que legan bienes al mundo liberal.

Estos pensadores, ¿quiénes son?; ¿los utopistas, los libertinos de la ilustración, los «dandys»?

Esclarezcamos aquí cómo nosotros vemos a esta gente.

Del liberal, hijo del «dandy», nieto de utopista, hemos hablado hace un lustro y hace dos y hace tres. No somos, en 1945, los de 1940, ni en rigor ni a la letra los de 1933. Quién más, quién menos, discrepa cada siete años de sí mismo. La duda misma es duelo entre las dos mitades del ser. No se piensa sino sitiendo nuestras posiciones más íntimas hasta que se nos entreguen. El utopista lo es, no porque planea ciudades en el sol o la luna, sino porque disiente del Universo. En Campa-